

## E(N)AT: MEDIO SIGLO\*

*Emilio Carballido*

El misterio del Arte se parece un poco al de la Gracia: al que tiene se le dará más y al que no tiene se le quitará hasta lo que tenía. Esto es, existe una dosis de lo gratuito, un don que viene desde la cuna y que en algún momento aflora con capullos o explota con relámpagos.

¿Es muy raro nacer con esto? Curiosamente, no. Varían las proporciones. Inclínación o facultades para practicar activamente la belleza, no sólo contemplarla, son parte de la fisonomía interior de muchísima gente. De ahí tanto pintor de domingo, poeta de oficina, actores aficionados que recuerdan siempre su única noche de gala, cantantes y recitadores de las fiestas familiares.

Por ser gratuito este don, es mayor la obligación de servirlo, con voluntad fuerte y alerta. Hay quienes se sirven de él, lo industrializan, lo explotan, saqueadores de sí mismos no respetan esa zona luminosa que les es propia: y esto dará daño y deterioro a sus personas y a sus talentos.

De tener ese don, habrá que cultivarlo como un maíz precioso y fecundo, desyerbarlo, abonarlo... Y para eso están las escuelas. Rebañitos ansiosos de ojos brillantes y jóvenes llegan a inscribirse llenos de sueños nebulosos y aspiraciones a confusas grandezas. Abominable desgracia que la televisión dé tantos modelos de éxito falso, de gloria deplorable, de aparente triunfo por las peores razones del mundo. La televisión y su mundo han manchado de droga y de prostitución las carreras histriónicas. Escuelas hay, incluso donde se amaestra a los muchachos para convertirlos en artículos de consumo, desechables.

Qué importante resulta que desde hace medio siglo exista un plantel con las características del nuestro. Fundado por artistas de una gran generación, por los renovadores y vitalizadores de nuestras letras y nuestra escena, los Contemporáneos; en lo nuestro, muy señaladamente, Salvador Novo.

Comisionada, la maestra Clementina Otero estudió en escuelas extranjeras y estableció los programas y estructuras con que se fundaría la nuestra. (¡Qué deslumbrante noción, una escuela fundada por seres que ya son míticos!) Desde entonces, 1946, la Escuela de Arte Teatral ha sabido mostrar metas dignas, ha formado no sólo oficios, sino criterios. Da un orgullo muy legítimo contemplar el desfile de talentos modelados aquí. Algunos son celebridades, otros son simplemente respetados y su nombre es garantía de que habrá un buen trabajo.

También, los egresados se derraman por la provincia y elevan el nivel de

la práctica escénica por las muchas rutas del mapa.

Nuestro primer edificio fue el Palacio de Bellas Artes. Nuestros primeros salones, corredores y recovecos que habrían dado adecuado albergue al Fantasma de la Ópera. Ese monumento de mármol tenía (tiene) una plataforma privilegiada para practicar: el escenario mismo del Palacio. Ahí dijo Usigli que oficiaban los monaguillos en vez de los obispos. Radiantes monaguillos contra deteriorados obispos: el público se inclinó por los primeros, envueltos en el manto de grandes espectáculos, y una generación entera creció al tamaño de ese espacio. También nuestros egos crecieron un poquito, por algo se nos bautizó "los Harpíos".

El trabajo de la Escuela de Arte Teatral, tal como fue propuesto por Salvador Novo y Clementina Otero, guió la vida entera del teatro mexicano. Resucitó a un público que se creía inexistente, nos restauró el gusto por los autores nacionales. Nuestra Escuela fue el foco de donde irradió la nueva vida del drama en México.

En la década de cincuentas, un centro hipico del ejército, plantado alevosamente en el bosque mismo de Chapultepec, mutilándolo, fue transformado en Auditorio Nacional y centro de artes escénicas. Le crecieron poco a poco seis teatros, más el tremendo Auditorio mismo y dos escuelas: Danza y Teatro. Más una misteriosa escuela de la UNESCO que algunos cursos daba. Había un feliz, feliz habituario para estudiantes de provincia. Un día lo encontraron peligroso y lo volvieron oficinas... (Ya venían los años de los sesenta, y el 68 en que toda la escuela sería capturada por perros y soldados, y encerrada en celdas, con maestros y director. Los soldados manosearon al alumnado; los perros en buena hora se quedaron con las ganas). Pues nosotros nos albergábamos en espacios sobrantes del Teatro del Bosque. Menos grandiosos que los de Bellas Artes, pero algo más cómodos. Con mejores condiciones, sí, con algunos buenos salones, con un teatro que le construyó la maestra Otero: la Sala Villaurrutia, con el **Orientación**, que nos cayó en las manos años después. Ambos espacios siguen siendo nuestros.

Alguna maldición le habrán echado a esa Unidad del Bosque los nagueles y los centenarios ahuehuetes de Chapultepec, porque jamás la han terminado. Hasta hoy, todo aquello sigue martajado o a medias, aunque le hayan hecho fachada monumental con escalinatas imperiales plus. Y nuestra Escuela, toda la vida fue remodelada, y crecía o se encogía, según la energía y la astucia de sus directores.

Es necesario observar que en nuestros planes nunca se han instalado los Redentores ni los Profetas para manejar los programas, con verdades únicas y fanáticas. Se les han concedido cátedras, y trabajo memorable han hecho, a veces excepcional. (Mendoza y Jodorovsky, por ejemplo). Pero la Escuela ha continuado abierta a todas las corrientes, con su sólida base de Stanislavsky.

Nuestros actores tienen oportunidad de conocer más de un camino, más de un sistema. En medio siglo, todos los creadores importantes del teatro nacional y bastantes de las letras han desfilado como maestros. Algunos, incluso, han sido importados por nosotros.

La celebración del medio siglo, es un acontecimiento continental. No sé de otra escuela en América, profesional, estatal o universitaria, con nivel de licenciatura, que tenga tal antigüedad. Tampoco existen muchas. Y no es fácil lograr el apoyo más o menos estable, la continuidad y coherencia del trabajo, la obtención de espacio, la significación de la nuestra. Tenemos un nivel. Escuelas formativas, planeadas, graduadas, brotadas de un conjunto de mentes, con múltiples experiencias y caminos, no son usuales. Menos usual aun es nuestro nuevo edificio, con sus suelos preciosos de rebote adecuado, espacios de 15 x 15.

Dos teatros, talleres de escenografía, y un centro virtual muy inmediato para volver locos a todos los que con él se embriaguen.

Nuestro flamante hogar salió de la Guerra de las Galaxias, como todo este Centro de las Artes, tan del siglo XXI que más parece del XXII. Es un orgullo inmenso, nacionalmente hablando. En uno de los peores momentos de su historia, México sabe crear un lugar visionario para sus escuelas de arte, donde nuestras raíces se nutran, nuestra identidad se afirme, nuestra confianza en los valores del Espíritu se fortalezca y de ahí nazcan la Esperanza y la Fe en nuestra vida futura, y el Amor a nosotros mismos. Un lugar donde tome formas activas de expresión la conciencia de rechazo y odio al colonialismo y a la traición contra nuestros ideales profundos.

Soy afortunado de estar en esta fiesta. He sido alumno, maestro, director, consejero y amante siempre de la Escuela de Arte Teatral, para la que seguimos pidiendo el adjetivo de Nacional, que es suyo pero no se le entrega con todas las letras que sobradamente merece.

Temo que pocos de los presentes estarán en el centenario; esos privilegiados podrán recordar el esplendor de estos cincuenta años que celebramos, y podrán comentarlo aumentado con otro medio siglo de evoluciones, peripecias, sorpresas. La Escuela fluye como un río, cambia, y se transforma y sigue, y fecunda y hace florecer el contorno. Son breves, sí, nuestros días, pero hay flores, pero hay cantos. Aquí los propiciamos.

\* Texto leído para la celebración de los 50 años de la Escuela de Arte Teatral del INBA en su nueva sede del Centro Nacional de las Artes.



Maria Luisa Algarra. 4994.  
1954

Foto de: Lola Álvarez Bravo.